



ORIGEN DE LOS REFRANES. (1)

(CONCLUSION.)

IV.



Quien no te conozca que te compre. Este refran es muy poco vulgar, y sin embargo no deja de ser bastante antiguo, pues recuerdo haberlo leído en una de las obras en prosa del célebre don Francisco de Quevedo. No hay, lectores,

ningun otro refran que deba su origen á un suceso tan interesante y al mismo tiempo tan real y verdadero. Vais á verlo : En la villa de Simancas, á dos lenguas de Valladolid, residia un labrador que se llamaba Protasio Ibarra Alday, si bien se le conocia principalmente por el apodo de *Pan bendito*. Si me preguntais por qué se llamaba Protasio, os diré que por haber nacido el día de San Protasio, siendo costumbre inmemorial en muchos puntos de Castilla la Vieja dar á todos los que nacen por nombre de pila el del santo del día de su nacimiento. Y como no hay un solo día del año en Castilla la Vieja en que de las prensas matrimoniales deje de salir un ejemplar de chiquillo ó de chiquilla, es evidente que no hay ningun nombre de santo en el calendario que no lo lleve algun castellano viejo. Solo entre los castellanos viejos se encuentran Epifanio, Cornelios y Canutos; solo entre los castellanos viejos Rufas, Ciriacas y Agapitas. Si en las ciudades cultas prevaleciese la misma costumbre, muchas románticas conocemos todos que renuncia-

rian al matrimonio para no esponerse á tener una hija que se llamase Agatónica ó Pantaleona.

Pero si no hay nombre alguno en el calendario que no lo lleve alguno en Castilla la Vieja, en cambio nadie lleva en Castilla la Vieja un nombre que no se halle en el calendario. Allí no hay Césares, Febos, Augustos ni Temístocles; allí no hay Virginias, Lucrecias, Armidas ni Corinas. Los hijos en las grandes ciudades llevan el nombre del héroe ó de la heroína de la novela que mas ha gustado á la madre ó á la madrina. No por otra razon desde que se publicó *El Judío Errante* abundan tanto las Adrianas.

Protasio se llamaba Ibarra de Alday porque estos eran los apellidos de su padre y de su madre, pertenecientes ambos á antiguas familias de labradores que inspiraron á su hijo el santo temor de Dios, á quien le hubieran sin duda consagrado haciendo de él un fraile lego ó un clérigo de misa y olla, si la Providencia les hubiese depurado algun otro hijo que en la vejez pudiese servirles de báculo. Pero en todos los estados se puede servir bien á Dios, y Protasio desde muy niño no tenia al parecer otra mision en la tierra que la de ganar el cielo. Creia con toda la fe de un buen cristiano en los misterios de nuestra santa Religion; pero como en las almas débiles y en las inteligencias poco cultivadas el celo religioso se exagera hasta el fanatismo, Protasio era supersticioso: creia en brujas, en duendes y en aparecidos; estaba poseido del *timor inanís Deorum* de que nos habló Marco Tulio, y á pesar de su buen corazon hubiera asistido sin repugnancia y hasta con placer á un auto de fe en que *ad majorem Dei gloriam* se hubieran asado unas cuantas docenas de judíos, hereges y hechiceras.

Por lo demás, su carácter era bondadoso, apacible, blando, por cuya razon le llamaban *Pan bendito* los vecinos del pueblo, los cuales con demasiada frecuencia abusaban de su genio angelical, porque sabido es que á quien se hace de miel las moscas se le comen. Las chanzas mismas de que era objeto acabaron, como suele

suceder siempre, de debilitar sus facultades intelectuales que nunca fueron exorbitantes, y asi es que no solo era tan bueno que parecia tonto, sino que era tan tonto que parecia bueno.

Se hallaba predispuesto por su organizacion y educacion á una especie de distracciones bastante parecidas á los estásis. Se embebia profundamente en religiosas meditaciones, quedando tan completamente abstraído del mundo fisico y de los objetos que le rodeaban, que habiéndose por una exigencia del cura casado con el ama de este, le robaron la mujer de su misma cama, sin advertirlo, en la noche misma de la boda. Nunca mas tuvo noticia alguna de su paradero, ni tampoco él se tomó la molestia de averiguarlo. Raptos de esta naturaleza tiene la historia consignados muy pocos en sus páginas. El de Degollacion, que asi se llamaba la mujer de Protasio, deberia ser mas célebre que el de Elena y el de las sabinas.

V.

En la época á que se refiere esta verdadera historia la universidad de Valladolid era una de las primeras del reino. La frecuentaban muchos, muchísimos estudiantes, y no es necesario decir que entre estos los habia que eran de la piel del diablo. Tres habia muy especialmente que eran famosos y temidos por sus travesuras, pues tenian sus puntas de camorristas y hasta sus ribetes de locos. La vulgaridad de sus nombres,



MEDALLA ALUSIVA Á LA ABDICACION DEL EMPERADOR CARLOS V.

(1) Véase el número anterior.

que la historia nos ha conservado, indica que podían muy bien no ser castellanos viejos. Se llamaban Pedro, Juan y Pablo. Demasiado conocidos dentro del casco de la ciudad, hicieron de sus alrededores el teatro de sus fechorías. Estas eran tales, que les daban de comer todo el año, pues el dinero que recibían de sus padres bastante acomodados, nunca permaneció en su poder veinticuatro horas. Reducidos por la crápula á la última estremidad, la necesidad aguzaba su ingenio.

VI.

El mes de enero es para los labradores el verdadero mes de las vacaciones. En los países frios, la nieve que cubre la tierra condena al ocio muchos brazos. Afortunadamente Protasio no estaba exclusivamente reducido á las faenas agrícolas, pues la confianza que merecía á todos los vecinos le valía el que se le ocupase como mandadero, lo que casi todos los días le obligaba á practicar alguna escursión á Valladolid con un burro compañero suyo que casi le igualaba en bondad y le escedía en inteligencia. Para ir de Valladolid á Simancas, hay dos sendas principales, una á la izquierda y otra á la derecha del delicioso Pisuerga. Esta última, que es hoy una carretera real, era á la sazón un camino de herradura, y tal vez por ser mucho más solitario que el otro era el que prefería Protasio para ir á Valladolid, y el que prefería la famosa trinca de estudiantes para jugar alguna mala partida al prójimo.

Era un martes, día aciago, y Protasio salió de Simancas preocupado con esta idea, y se dirigió á Valladolid con la vista baja y el pensamiento en el cielo. Se hallaba en uno de aquellos momentos en que no le hubiese arrancado de sus meditaciones el incendio de un polvorín. Hacía frío, y no tenía frío; andaba, y no sabía que anduviese, llevando del ramal al burro que meditabundo como su amo parecía menos abrumado bajo el peso de su carga que bajo el de sus reflexiones. Como á Protasio le habían robado dos burros aprovechándose los rateros de sus éstasis, tomó la resolución, para no sufrir otro percance del mismo género, de poner al burro un enorme cencerro.

Casi á la misma hora en que salía Protasio de Simancas, salían los tres estudiantes, Pedro, Juan y Pablo, de Valladolid, y se encontraron los cuatro en las inmediaciones de una pequeña aldea llamada Arroyo, sin que Protasio fijase la atención en los tres tunos que pasaron. Los estudiantes afectaron seguir su camino, pero lejos de eso, lo que hicieron fue colgarse uno de ellos un cencerro, pasarse una cuerda alrededor del cuello y atarla al ramal del burro que lo cortaron en seguida junto al nudo, y se llevaron el animal en dirección opuesta á la que seguía Protasio.

Como cuando se comete una mala acción nada hay tan fácil como excusarla uno á sus propios ojos, sobre todo si no es muy concienzudo, Pedro dijo á Pablo:

—Bien mirado lo que estamos haciendo no es un robo, es, por lo contrario, un acto de filantropía, pues si bien es cierto que nos llevamos el burro de ese mandadero, en cambio le dejamos á Juan que vale más que el burro.

—¿Quién lo duda? contestó Pablo, y otro día hemos de exigirle que pague la diferencia.

Como lo dice claramente la circunstancia de llevar de prevención una cuerda y un cencerro, el robo del burro estaba ya muy premeditado y preparado de antemano. Demasiado sabían los galopines con quién se las habían.

VII.

Juan iba siguiendo á Protasio, y hubiera entrado con él en Valladolid en la disposición en que le hemos dejado, con un cencerro colgado al cuello y llevado del ramal, si una mujer que pasaba cabalgando en una buena mula de Tordesillas, no hubiese dicho á Protasio:—Pan bendito, ¡qué buena caballería te has echado! Y pasó de largo sin que Protasio reconociese en ella á Degollación, su desaparecida esposa. Ni él la buscaba, ni ella se dejaba encontrar; hacían lo que durante la guerra civil las tropas de la reina y los expedicionarios de Gomez.

Protasio, al ver su burro convertido en estudiante, dió atrás dos pasos. Pero volvió luego en sí, y dijo en un tono más bien de súplica que de reconvención:

—¿Dónde está mi burro?

—Aquí estoy, contestó Juan con una voz que tenía algo de rebuzno.

—¿Mi burro? replicó Protasio suplicante.

—Soy yo, replicó Juan muy seriamente.

—¿No!

—¿Sí!

—¿No!

—¿Sí! óyeme.

Protasio quedó estupefacto. Empezaba ya á creer en la posibilidad de un milagro, empezaba ya á creer en que Dios ó el demonio habían intervenido en la desaparición de su burro. ¡Era martes!

—Óyeme, dijo Juan. Yo era un estudiante malo, muy malo. Estaba entregado á la crápula, al juego, á todos los excesos que constituyen un verdadero libertino. No iba á misa nunca, á no ser que tuviese en la iglesia alguna cita con alguna buena moza que procuraba sacrificar á mis torpes deseos.

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó Protasio persignándose.

—En la noche de cierto día, prosiguió Juan, en que me había burlado de las barbas y á las barbas de un fraile capuchino, oí una voz que me decía: Juan, enmiéndate, y la misma voz sonó en mis oídos siete noches seguidas. Pero yo desprecié este aviso del cielo; no me enmendé ni arrepentí siquiera, y Dios para castigarme me convirtió en burro diciéndome en latín, porque en el cielo no se habla castellano:—A seis años de burro te condeno. *Sex annos asini condenabo tibi.*

No necesitaba esta mentira ser tan verídica para que Protasio la creyese á pié juntillas, sobre todo siendo martes. Durante la relación se puso pálido, estaba aterrado, rezaba Padres nuestros con la mayor precipitación, temiendo le faltase tiempo para rezar todos los que el caso requería.

—Los seis años han pasado ya, dijo el estudiante. ¿Cuánto he sufrido durante ellos!

—Pero ahora serás bueno, muchacho, dijo Protasio con la mejor buena fe del mundo. Tus pecados me han costado mi burro (en esto tenía razón), pero lo doy por bien empleado si procuras ser en lo sucesivo un buen cristiano, un buen católico, apostólico, romano.

—Yo quisiera, dijo Juan, poderte devolver lo que diste por mí cuando era burro y me compraste. Pero recuerdo que en el acto de mi transformación tenía diez maravedís, y estos acaso sean los que hoy tenga.

Metióse la mano en una faltriguera, y sacó de ella diez maravedís que se dió á Protasio, pero este, no solo se negó á admitírselos, sino que le dió un escudo único que llevaba, compadecido de su mala suerte.

—¿Qué edad tenías al volverte burro? preguntó Protasio.

—La misma de ahora, respondió Juan, porque los años de burro no se cuentan en la vida del hombre. Sin embargo, he sufrido mucho.

—Sí, mucho habrás sufrido, dijo enternecido Protasio, y yo te pido perdón por los muchos palos que te he dado. No sabía que aquella carne fuese carne bautizada.

El rostro se le cubrió de lágrimas. Juan, que deseaba cortar cuanto antes el diálogo para ir á unirse con sus compañeros y echar una docena de tragos á la salud de Protasio, oyó tocar á misa en el inmediato pueblo de Arroyo, y dijo á su interlocutor:

—Me voy á misa; no quiero otra vez volverme burro. Buen hombre, te perdono los palos que me has dado; perdóname tú el dinero que te he hecho perder.

—Perdonado quedas, dijo Protasio, y luego dejó caer la cabeza contra su pecho, permaneciendo un cuarto de hora en esta actitud, inmóvil como una estatua.

El estudiante desapareció al momento. Salvó hasta el cencerro.

VIII.

Pedro y Pablo malvendieron el burro en el mismo pueblo de Arroyo, donde estaban aguardando á Juan para celebrar juntos el buen éxito de su gloriosa empresa. El burro era muy bueno. Se lo vendieron á un gitano que les dió por él seis escudos. A Protasio le había costado catorce.

CONCLUSION.

La celebridad de que goza la gran feria de Valladolid, es principalmente debida al ganado vacuno, caballar y mular, y sobre todo á este último, siendo los híbridos que se crían en Ciguñuela los que vienen sosteniendo desde tiempo inmemorial una reputación que no ha vacilado nunca. También los burros desempeñan en dicha feria un papel importante, y suelen hallarse en mayoría como en las Academias y en las Universidades.

Protasio aguardaba con ansia la feria de Valladolid para comprar un burro, pues desde que se transformó en estudiante el que tenía, se veía obligado á hacer á pié todos los encargos, yendo y viniendo de Valladolid cargado como una acémila y hecho un burro de sí mismo. Este doble papel empezaba á hacerse superior á sus fuerzas.

Vió en la feria muy buenos burros, pero no se atrevía á comprar ninguno, porque todos le parecían estudiantes convertidos. Grande fue su sorpresa, sorpresa mezclada de alegría y de dolor, cuando entre ellos descubrió el que los estudiantes le habían burlado. Se hallaba en poder de un gitano. El animal, al ver á su antiguo amo, dió grandes muestras de contento, muy dignas de agradecerse en un burro, que es, como se sabe, un animal serio y de carácter muy poco expansivo.

—¿Con que eres incorregible, desgraciado? ¿Con qué has vuelto á las andadas? ¿Con que has puesto de nuevo al cielo en la precisión de deshumanizarte?

El burro seguía haciéndole fiestas, como queriéndole decir: cómprame, sácame del poder de ese tirano. Protasio aplicó su boca á una oreja del animal, y le dijo al oído:—QUIEN NO TE CONOZCA QUE TE COMPRE.

Tal es el origen de este refrán antiguo.

Protasio compró al fin un burro, después de haber tomado los más minuciosos informes para asegurarse de que era un burro que había nacido tal, y que nunca había sido otra cosa. El que se lo vendió le aseguró y probó con testigos que había nacido en su casa. Tal vez este hecho dió la primera idea de los certificados de limpieza de sangre.

DOS PALABRAS MAS.

He debido decir antes, pero no habiéndolo dicho antes lo diré ahora, porque, como dice el refrán, más vale tarde que nunca, he debido decir antes, repito, que así como hay vocablos que son sinónimos, hay refranes sinónimos también, refranes equivalentes, que pueden mutuamente sustituirse. El refrán, por ejemplo, *no te metas en camisa de once varas*, cuyo origen he dado ya á conocer, puede ser en casos dados reemplazado con más ó menos ventaja por los siguientes y otros muchos que no recuerdo en este instante: *En lo que no va ni viene, pasar de largo es cordura*;—*Cada cual en su casa y Dios en la de todos*;—*No te metas en dibujos ni en saber vidas ajenas*, etc.

Nada más se me ocurre ahora acerca de los refranes. No me pidas lector otra cosa. Cuanto sabía te lo he dicho, es decir, que cuanto tenía te lo he dado, y el que da lo que tiene no está obligado á más.

A. RIBOT.

MEDALLA ALUSIVA A LA ABDICACION

DEL EMPERADOR CARLOS V.

Aquel famoso monarca á quien la envidia ha pretendido tizar con feos colores; aquel heroico magnate á quien la historia imparcial señala como la eminencia de su época, uno de aquellos seres privilegiados que solo de tarde en tarde asoman, y de que tan avaros se muestran los siglos; el que obtuvo señalados triunfos en las cuatro partes del mundo; el que impuso leyes á toda la Europa, y logró avasallar hasta dos emperadores y diez y ocho soberanos, fue también grande como hombre; tan sagaz para abondar y comprender el humano corazón como para apreciar el mérito donde quiera que estuviese, tan magnánimo en su vida pública como bondadoso en la privada, y tan egregio en el curso de su brillante existencia como sublime en el morir.

Después de haber merecido el espresivo dictado de *fundator quietis*, cuando se estableció la paz universal de Europa, deseando consagrar sus últimos años al Dios y Criador de reyes y de vasallos, renunció la corona de España en su hijo Felipe II y la de Alemania en su hermano Fernando, y hecha la abdicación con aquellas tiernas y sentidas palabras que tanto conmovieron á todos los presentes, escogió por solitario retiro el monasterio de Yuste, de padres Gerónimos, donde permaneció hasta el fin de sus días; no empero profesando la vida religiosa, como equivocadamente han supuesto algunos historiadores extranjeros, sino para mejor prepararse al terrible tránsito en compañía de los buenos padres con quienes humildemente alternaba en el coro y en el refectorio.

Para perpetuar la memoria de este notabilísimo suceso, acuñóse la medalla, de que damos aquí exacta copia. Es de plata, su peso como de media onza, la acuñación perfecta y el grabado con arreglo al gusto de aquel tiempo, de buen relieve y bien acabado en ciertos pormenores. En el anverso está figurado el salón de embajadores del real palacio donde encima de la mesa del despacho, misteriosamente solitarias, en señal de abdicación, se hallan las insignias imperiales, manto, cetro y diadema: la leyenda espresa la debilidad y falacia de las pompas humanas con estas palabras: *dum tuditur adorantur*, «son adoradas cuando se juega el papel de la majestad.» El reverso presenta á lo lejos el monasterio de Yuste y el tétrico cercado de su campo-santo: en primer término dos grandes y prominentes cráneos, parecen preguntar en significativa alegoría, si hay quien distinga al emperador del vasallo, ó bien al monarca reinante del príncipe retirado y penitente. La leyenda nos dice que alejado de la escena del mundo, ni muere, ni es rey: *extra scenam, nec rex, nec morior*.

Creemos hacer un servicio á los numismáticos reproduciendo esta medalla, preciosa tanto por el suceso á que alude, cuanto por su rareza, y que en su gabinete numismático-arqueológico de Barcelona posee el que suscribe.

JAIME FUSTAGUERAS Y FUSTER.

ESPAÑA Y LOS FRANCESES.

I.

En la historia de España, tan calamitosa de tres siglos á esta parte, no ha lucido un día más aciago para nuestra dicha y nuestra dignidad, que aquel en que Luis XIV, disfrazando los cálculos de su codicia con cierta máscara paternal, dijo á su nieto el duque de Anjou, que ya se llamaba Felipe V: «*Debeis ser de aquí en adelante buen español; pero sin olvidar que nacisteis francés: ¡YA NO HAY PIRINEOS!*»

Pensamos explicar los fundamentos de esta opinión nuestra; pero antes creemos oportuno observar que también han sido franceses los que, al cabo de siglo y medio de dominar en España la familia y la política de Luis XIV, han pronunciado esta otra frase, eco y deri-

vacion de la ya citada: «*El Africa principia en los Pirineos*»

Proponémosnos asimismo examinar los fundamentos de esta opinion de nuestros vecinos; pero no sin anticipar las siguientes reflexiones.

Supongamos momentáneamente, —solo momentáneamente, —que los franceses tengan razon al juzgarnos de esta manera... —¿De quién sería la culpa?—Si ellos llamaron *Francia* á la parte de Europa que se estiende del lado acá del Pirineo, y como á tal la trataron y rigieron durante ciento cincuenta años, dicho se está que ellos la han convertido en *Africa*; que ellos, por *confesion propia*, nos han anulado como nacion civilizada; que su literatura, que su política, que su filosofía, que sus reyes y sus diplomáticos han sido una calamidad en nuestro territorio, desde que lo invadieron *paternalmente*. Repetimos que esto lo dicen ellos.

Porque, téngase en cuenta una cosa, —que es por otra parte el cimiento de toda nuestra argumentacion:—Téngase presente, que cuando la nacion española pasó á ser francesa, cuando dejó de haber *Pirineos*, nuestros destructores de hoy no nos tenían por africanos, sino que nos respetaban muy mucho y nos temían y consideraban no poco. Acordábanse quizás, mas que ahora, de que los españoles los habían vencido en todos tiempos, desde Roncesvalles hasta San Quintín; de que les habíamos dado leyes, artes y literatura; de que el Gran Capitan, Carlos V y Felipe II los habían atado al carro de sus victorias; de que su rey mas valiente fue nuestro prisionero en Pavía; de que antes les habíamos espulsado de la baja Italia y de que despues los derrotamos en Flandes, en las Islas Terceras, en su propio territorio, donde quiera que con ellos nos las hubimos; en tantos encuentros, sitios y batallas, que la memoria no basta á retenerlos!... ¿Quizás se acordarian de todo esto cuando nos llamaron sus amigos, sus aliados, sus hermanos, dando por no existente el Pirineo!

Y eso que, en aquella sazón, España acababa de pasar por el reinado de Carlos II; eso que en aquel entonces cumplíamos la penitencia de haber pertenecido á otra familia extranjera, que si se inauguró gloriosamente en Carlos V, descuidó siempre nuestro suelo por obedecer á su espíritu de conquista ó por mirar á su tierra originaria; eso que habíamos caído en un misticismo imbecil desde que Felipe II declaró en España el terrorismo cristiano, al grito de «la Religión está en peligro»; eso, en fin, que en 1700 no éramos ya sino la sombra de lo que habíamos llegado á ser algun día!

Peró esta sombra, —volvemos á decirlo, —inspirábase aun respeto y miedo. No; no éramos todavía *El Africa* para los franceses. Éramos aun los que habían hecho volver á sus arenas á los verdaderos africanos, que en numerosas legiones invadieran la Europa en el siglo VIII; éramos los que habían salvado el cristianismo en una lid de siete centurias; ¡los que al espulsar de Europa al ultimo infiel, enviaron á América al primer cristiano! los que habían descubierto el camino de las Indias Orientales (pues hablamos tambien por cuenta de nuestros hermanos los portugueses, que al fin moran del lado acá del Pirineo), y conquistado al Occidente un mundo mas grande que el hasta entonces conocido; éramos, en fin, —y esto se hallaba muy reciente, —la nacion de Felipe IV, —si no tan próspera en bienes materiales como la de Luis XIV, muy mas ilustrada y civilizada, que diríamos ahora; —como que en ella brillaron, y de ella remedaron los franceses, joyas inestimables de literatura, verdaderas maravillas de arte; todas aquellas obras que salieron de las manos de Cervantes, de Calderon, de Rivera, de Velazquez, de Lope de Vega, de Murillo, de Quevedo, de Alarcon, del padre Tellez, y de tantos y tantos como hoy decoran las bibliotecas y museos de todo el mundo... —¡Éramos *España*, para decirlo de una vez!

Peró desaparecieron los Pirineos: la política francesa, mas pernicioso aun para nosotros que la austriaca, pues siquiera esta tenia su centro en nuestra nacion, sustituyó á la política española. Fuimos diplomáticos; figuramos en pactos de familia; se nos impusieron leyes, trajes y costumbres que disonaban con nuestro carácter; se nos arrancaron las uñas; se nos afeminó: con pretexto de ilustrarnos, se nos privó de toda iniciativa, de toda fuerza, de toda autoridad: perdimos la autenticidad histórica, por no decir la autonomía nacional: arrebatáronnos la espada de Toledo y nos dieron el estoque de Versailles: nos aficionaron al lujo y á la danza; corrompieron nuestra lengua, nuestros hábitos, nuestros fueros, nuestra legislacion; nos regalaron, sí, puentes y caminos, academias y museos; pero nuestras artes, nuestras letras, nuestra particular filosofía desaparecieron para siempre; y la intriga sustituyó á la fuerza, y la comodidad material al ideal inflexible, y la ciencia á la inspiracion, y el interés á la poesía, y la utilidad al honor, y lo temporal á lo eterno. Alégrense los políticos (como políticos, nos alegramos nosotros tambien) de que la luz de la Enciclopedia alcanzase á España; pero ¡ay! que desde entonces el mundo moral fue todo ruinas! —La revolucion francesa acabó de desnaturalizarnos: no la habíamos hecho nosotros: no estaba aun en nuestro corazon: no respondía á nuestras necesidades: no interpretaba nuestro modo de ser y de sentir, y fue para los españoles lo que un verano precoz para los campos: granaron las siembras de riego, y las de secano de-

jaron de crecer: nuestro pueblo era niño todavía... (dichosamente la obra española de Luis XIV no estaba aun terminada), y recibió demasiado pronto el fardo de sus derechos: quitósele la fe para darle el pensamiento; pero no estaba aun en estado de pensar, y se quedó sin lo uno y sin lo otro; ¡sin filosofía ni creencia! —¡Tal estábamos los favorecidos del gran rey, en tiempos del pseudo-rey Carlos IV! —La *Guerra de la Independencia* nos salvó milagrosamente.

Hay en la guerra de la independencia ciertos fenómenos que hacen mucho á la cuestion que hemos planteado. Empezó aquella lucha por una abdicacion de nuestros gobernantes en favor de Napoleon I: pero abdicacion que pudiera llamarse de otra manera, puesto que se inició el día en que Carlos y Fernando comprometieron en manos del emperador francés sus dimensiones de familia. Estalló al cabo la guerra, y aun vióse á mucha parte de la nacion (especialmente á los cortesanos y magnates), declararse *afrancesados* y opinar por que la Francia debía absorbernos. Pero el pueblo tiene un maravilloso instinto: en el fondo de su conciencia dormía la conviccion de que la influencia francesa estaba siendo de muy antiguo una calamidad para España: despertaron, pues, los recuerdos de antiquísimos odios, de seculares antipatías, y el pueblo rechazó á los franceses, los derrotó y recobró su independencia. Con ella, sea dicho de paso, recobró la vida y la libertad. Tentativas hizo la familia de Luis XIV por restablecerse en el trono de Francia, y las mismas tentativas se vieron en el gobierno de España por volvernos á la dependencia en que por tanto tiempo habíamos vivido: pero desaparecieron al fin Carlos X y Fernando VII; una revolucion puramente española abrió nuevos horizontes á nuestra patria, y desde entonces, solo desde entonces, los franceses dieron en decir que el *Africa principia en los Pirineos*.

Peró hemos llegado á los tiempos presentes. Seguir hablando de historia equivaldría á hablar de *política*, y nosotros escribimos en un periódico literario: veamos, pues, de encaminar nuestra cuestion al terreno de las costumbres, abandonando la esfera de los gobiernos.

II.

Admírense nuestros lectores: al llegar á este punto, nos ponemos aparentemente en contradiccion con nuestros anteriores asertos, y damos completamente la razon á nuestros vecinos. Nosotros creemos tambien que el *Africa principia en los Pirineos*.

Peró no lo creemos, dando á esta frase el tono depresivo con que ellos la pronuncian, sino queriendo significar otra cosa muy diferente. —Nos explicaremos.

Locura fuera hacernos ilusiones: los franceses nos desprecian verdaderamente, y al deprimirnos, lo hacen de buena fe. —Sabemos que hay escepciones: las conocemos, nos honramos con la amistad de muchos transpirináticos que, ó por ser mas leales ó por haberlo meditado mas profundamente, tienen de nosotros una opinion menos desventajosa. Pero la generalidad, el sentimiento colectivo, la conciencia vulgar, el juicio dominante en libros y periódicos franceses, es el que acabamos de consignar: un desprecio que raya en compasion: no el odio de otros tiempos; no la emulacion del siglo XVI; no los zelos del siglo XV... sino el desden mas soberano!

Pues admírense nuestros lectores otra vez! —Lo peor de todo, al menos en nuestro concepto, es que tienen muchísima razon. —Aquí reclamamos de nuestros paisanos un poco de paciencia.

Despréciannos los franceses, porque de algun tiempo á esta parte tenemos á orgullo el imitarlos en todo; porque pretendemos parecerles; porque hemos abdicado (intencionalmente tan solo) nuestro españolismo tradicional en aras de un continuo y lamentable galicismo; porque deseamos confundirnos con ellos, pasar por tales; merecerles carta de ciudadanía... ¡Porque *hemos renegado*, para decirlo de una vez! —Porque ahora, en fin, somos nosotros los que decimos á cada instante la aborrecida frase de Luis XIV: ¡*Ya no hay Pirineos!*

Esto solo bastaría para que nos menospreciase aquel pueblo presuntuoso, que se cree curador, si no tutor, de todo el que no ha nacido entre el Rhin y el Vidasoa: pues añadid ahora otro dato horrible, y es que nosotros (gracias por ello rindamos al Altísimo) hacemos detestablemente el papel de franceses; añadid la torpeza del actor á lo malo de la comedia que queremos representar; vednos convertidos en 16.000.000 de don Frutos de Calamocha; meditad en la ridicula posicion de los graves españoles queriendo pasar por superficiales; imaginadnos *atados* y *cortados* á cada momento, como todo el que lleva un traje que no es suyo, como un honrado militar metido á diplomático, como un labriego con guantes y trabillas, como cierto hombre de bien cuando tenia que pasar por hombre de Estado, como Aquiles vestido de mujer, y decidnos si no hay razon para que se rian de nosotros los que nos ven esforzarnos por parecer lo que Dios no quiso que fuéramos, lo que no somos, lo que no debemos ser nunca; decidnos si no hay motivo para que nos llamen africanos en castigo de no querer ser españoles y de no acertar á dejar de serlo!

¡Ah! sí: FRANCIA TERMINA EN LOS PIRINEOS. — Nosotros no servimos para franceses: se nos conoce la *contrefaction!* —Si es esto lo que quieren significar al rele-

garnos al *Africa*, ¡sea mil veces enhorabuena! ¡Alegrémonos, queridos compatriotas! ¡Regocijaos, africanos!

Peró conformémosnos todos con nuestro africanismo: renunciemos á pasar por otra cosa, tengamos el orgullo y la conciencia de nuestra entidad genuina; vivamos á nuestro modo; ¡*haya Pirineos!*... y todo el mundo nos respetará, porque á lo menos no estaremos en ridículo.

Seamos españoles: fundemos nuestra vanidad en serlo. —Vereis cómo entonces desechemos esta timidez que embaraza nuestros movimientos; vereis cómo recobramos la iniciativa que nos distinguió en otras épocas; cómo prevalecen nuestras modas; cómo renace nuestra literatura; cómo florecen nuestras industrias y nuestro comercio; cómo existimos; cómo pensamos; cómo se nos tiene en cuenta; cómo se declara en Europa nuestra mayor edad!

Todo esto es muy fácil: aun es tiempo: no nos engañan las apariencias! —Los franceses, en siglo y medio de influencia directa sobre nuestro país, solo han conseguido modificar la superficie de nuestras costumbres, y eso en determinadas clases. Tenemos sus modas, algo de su literatura... (hoy menos que hace algunos años) un poco de su cocina y de su etiqueta; bastante de su administracion, mucho de sus innegables progresos industriales y comerciales: pero nuestro carácter, nuestra idiosincrasia (digámoslo así), nuestra índole, nuestras costumbres fundamentales, nuestros afectos, nuestras pasiones, nuestros instintos, todo eso vive y palpita en las entrañas del pueblo español, fijo, inmutable, indestructible, como el oro en inaccesibles montañas, como nuestras montañas, inmóviles en sus pedestales.

Si esto es pertenecer al Africa, al Africa pertenecemos. Quizás lo habíamos sospechado antes de que nos diérais la noticia. Quizás nos creemos mas parientes de Sem que de Jafet. Quizás lo tenemos á orgullo. —De cualquier modo, ¡algo hemos de ser! —No somos esclavos; no somos anglo-sajones, y á los franceses, que son el riñon de la raza latina, no nos parecemos en nada... ¡quién sabe si seremos semíticos desde que atracó en la Armenia el arca de Noé!

Por nuestra parte, entre ser un remedo de los franceses, ó unos moros como Dios nos haya criado, preferimos esto último.

Sean remedo de los franceses los que lo crean una gloria: nuestro pueblo, la nacion, España, no podrá serlo nunca. —Ni se ha afrancesado, ni llegará á afrancesarse. —«Tanto peor para vosotros,» esclamarán los que se llaman y son efectivamente la cabeza de Europa. —Pues bien; sí; replicamos nosotros: seremos lo peor con tal de ser la verdad.

¡Verdad somos! Este es nuestro primer timbre. Carecemos de vuestro carácter flexible, cómico, burlon, acomodaticio. —No sabemos hacer tantos papeles en un día; ni tener tantas clases de gobiernos en un año. Carecemos de vuestra maestría para dominar la pasion, y modificar el temperamento. Admiramos vuestra locuacidad al alcance de todos, vuestra cortesía inalterable, vuestra movilidad asombrosa, vuestro entusiasmo-proteito, vuestra habilidad para imitar las flores con trapo, el oro con doublé, las perlas con cristal, las piedras con carton, la música con ruido, el sentimiento con palabras, la fe con prosa, la seriedad con actitudes, y las lágrimas con coronas fúnebres puestas á la venta en las avenidas del Padre Lachaise.

Nosotros somos mas torpes, mas serios, mas graves, mas rígidos, mas *gauches*, mas sinceros ó mas cándidos (*à votre plaisir*), mas apasionados, mas vehementes, mas pobres hombres!

Nosotros solemos amar hasta el crimen ó la locura, creer en Dios hasta el fanatismo, llevar palos por la virtud como *don Quijote*... Nosotros desconocemos vuestra galantería oficial, casuística, reglamentada; y la suplimos con otra, que es peculiar nuestra, sencilla, natural, espontánea, que brota del corazon como las flores del campo. Cuando imitamos vuestras *soirées*, acontece que vuestra etiqueta le viene estrecha á nuestra cordialidad, á nuestra llaneza, á nuestro salvajismo, y faltamos á *toutes les convenances*, y nos olvidamos del papel que estamos haciendo, y damos asunto á vuestra crítica, si por acaso os hallais en nuestros salones. —Porque tambien somos salvajes en esto: brindamos hospitalidad, como los árabes, al primer recién-llegado, y partimos con él la mesa y el hogar, el corazon y el bolsillo. —¡Compadeceadnos, señores... pero no podemos remediarlo!

Vosotros sabeis refinar mas vuestros goces: comeis mas; bailais mejor... en la cuerda tirante y en la cuerda floja; sois mas elásticos, mas serviciales, mas utilitarios, mas amantes de la forma... —¡el fondo que se lo lleve el diablo! —¡Ah! sí: vosotros lo pasais mejor en esta vida, teneis mas dinero, podeis hablar de mas cosas, aun sin conocerlas, divertis mas á la Europa, teneis criados modelos, encontreis hombres y mujeres para todo, dais un culto mas ardiente al Dios *franc* y á su profeta el *sous*, haceis todo género de travesuras por adquirirlos; os convertís de humanitarios en guerreros, de autónomos en imperialistas, de tiranos de Italia en sus libertadores; colocais á la *diosa Razon* en el altar de María, y mañana á Santa Genoveva en el ara de la *diosa Razon*: nuestro frac, nuestro paraguas, nuestro cosmético, nuestro perfume, nuestro baston, nuestro pa-

pel, nuestro tintero, la pluma con que escribimos estas líneas, nada nos pertenece, todo es vuestro... ¡Ya veis que os hacemos justicia! Y no es esto todo: como nacion, sois muy grandes: teneis el entusiasmo patrio de los antiguos helenos ó de la república de Roma: abundais en valor cívico, en dignidad colectiva, en nobles virtudes públicas... pero, hombre á hombre, como individuos, como miembros de una familia, como amantes, como amigos, como cristianos, como hijos, como padres, teneis mucho que envidiar á los pobres indígenas del Africa!

Cuáles timbres sean mayores, si los del hombre privado ó los del hombre público, cuestion es que dejamos á vuestro sano criterio.

Por lo demás, y para concluir, os diremos que los ingleses y los alemanes no nos creen tan africanos como vosotros. Esto no significa nada, pues que vosotros os burlais tambien de los alemanes y de los ingleses; de estos porque tienen las piernas largas, y de aquellos porque tienen el cuello corto.—Dentro de veinte años hablaremos.

P. A. DE ALARCON.

OLIVIA (1).

(CONTINUACION.)

V.

Olivia estaba loca, hé aquí la historia de su locura.

En una de las mas hermosas calles de la Coruña, existe todavía una casa, cuya galería mira al mar, y desde la cual la pobre niña vió flotar durante algunos años la sombra de su felicidad futura, que pasaba, le sonreía desapareciendo, hasta que otro día, la mano siempre levantada de la imaginacion, tocaba en las

(1) Véanse los números del 1.º y 15 de mayo.



EL CONDE GYULAY, GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO AUSTRIACO.

olas y hacia salir de entre ellas la querida sombra que le sonreía de nuevo.

Corria el año de 1850 cuando su familia vino de Inglaterra á establecerse en la capital de Galicia; y desde luego abrió su padre casa de comercio, que muy pronto

la apoteosis de la vida de familia, de que se muestran tan partidarios, habia modelado su corazon por el de aquellas heroínas, buenas, fieles, santas, en fin, todas amor para sus hijos, todas cariño y dulcísima amistad para el hombre que partia con ellas el pan de todos los días.

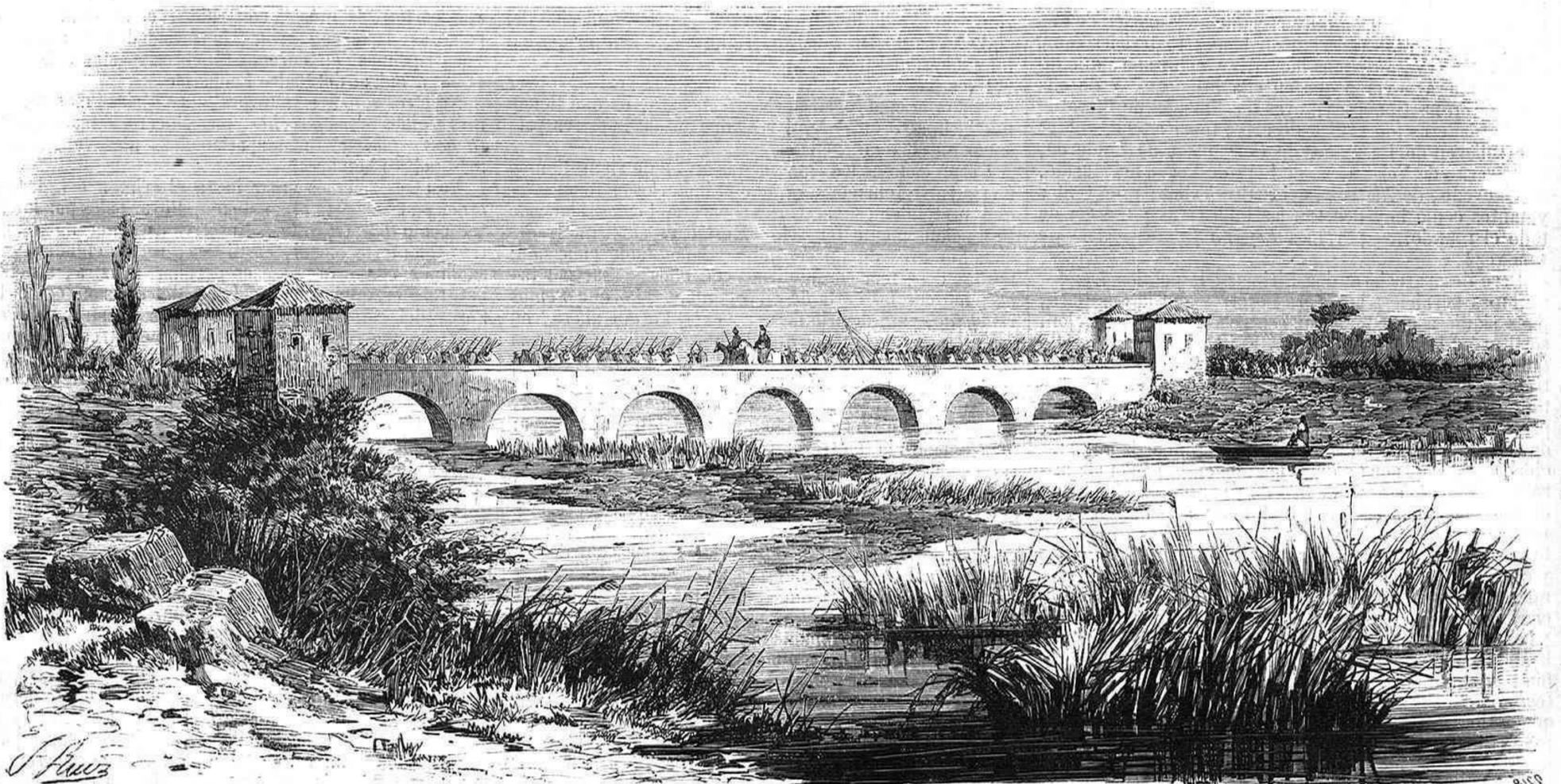
fue allí una de las mas respetables y mas digna de confianza.

Las costumbres inglesas no son un misterio, en las poblaciones marítimas, que como la Coruña, que aunque no están cerca de las islas Británicas, sostienen con ellas un continuo comercio; así fue que la nueva familia no tuvo que adoptar costumbres diferentes á las de su país, puesto que en la ciudad donde vivian, se come muy buen rostbeef, se bebe hermosa cerveza, se toma té y se lee el *Times*, ni mas ni menos que en cualquiera de las casas de la City.

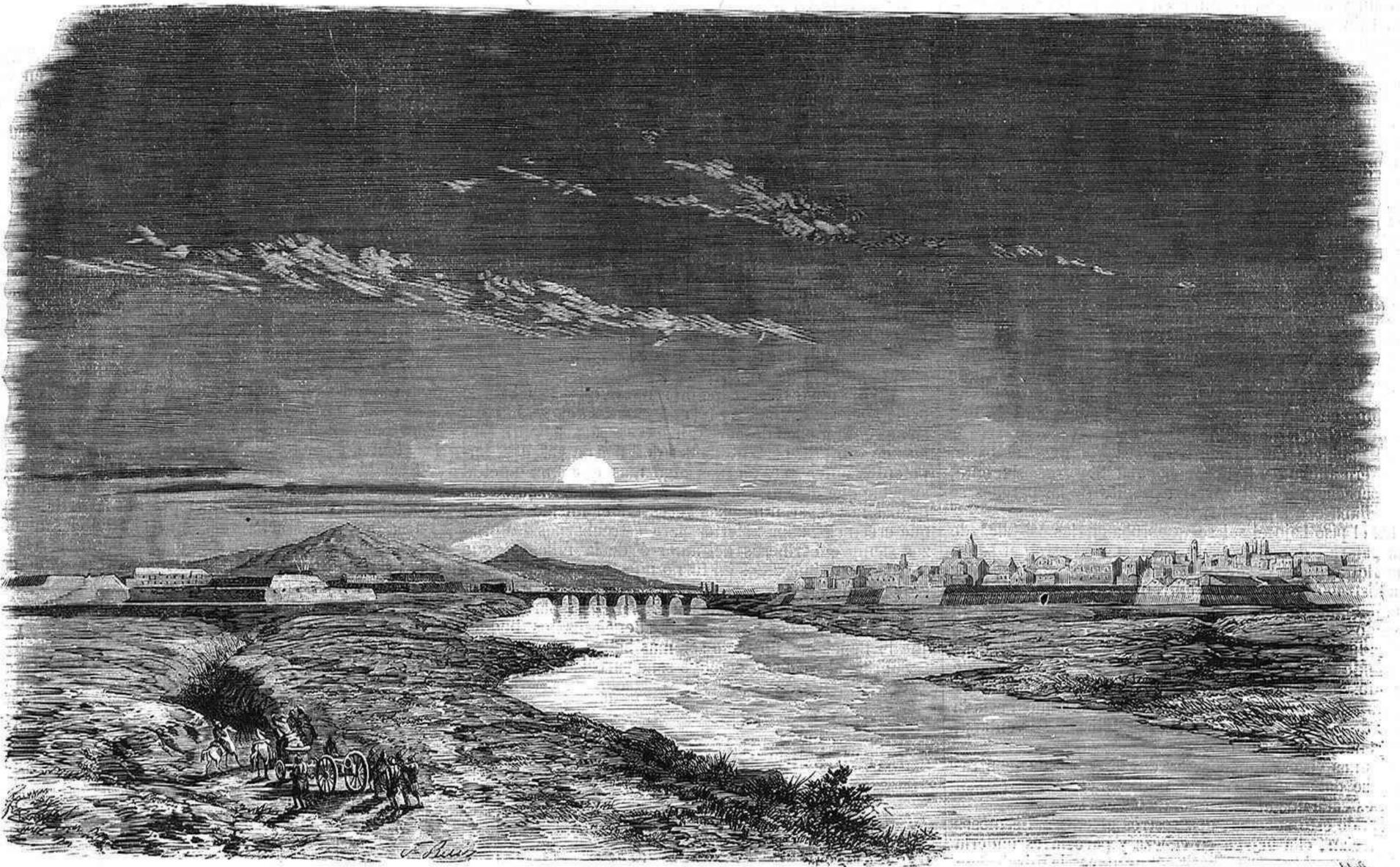
Olivia, hermosa y jóven, llamó al momento la atención en los salones de aquella ciudad; pero pronto se admiraron todos de verla desaparecer de los círculos en que brillaba como reina, y permanecer en su casa eternamente, sin que nadie fuera capaz de adivinar el motivo de tan súbita trasformacion pues Olivia, aunque inglesa, era de un genio vivo y ensoñador como una española, cuya sangre corría por sus venas, y templaba aquella helada estatua de la mujer del Norte.

Podeis figuraros cómo aguzaría, á propósito de esto, su lengua la murmuracion, cuántos cálculos, cuántas gratuitas suposiciones se harian respecto á la pobre niña que se habia retirado á la vida sencilla y quieta del hogar doméstico.

Lectora asidua de Dickens y demás novelistas de su país, esos novelistas que en vez de secar el corazon del lector y amargarle, y robar sus creencias, saben animarlo, poetizar sus pequeñas dichas, cantar las desconocidas luchas de la virtud y de la pobreza, hacer, en fin,



PASO DEL EJÉRCITO AUSTRIACO POR EL PUENTE DE BUFALLORA AL PENETRAR EN EL PIAMONTE.



VISTA DE ALEJANDRIA DEL PIAMONTE.

La Biblia era á su vez el santo libro de sus consuelos, Job le daba ánimo para sufrir sus pequeñas desgracias, y David tenia lágrimas para llorar con ella y hacer que levantase á Dios los ojos en las amargas horas de sus tribulaciones.

Así murmuraba á cada momento:
«¿Quién ascenderá al monte del Señor? ¿quién estará en su lugar santo?»

»El que esté puro de manos y de corazón, el que no

haya abandonado su alma á la vanidad, ni jurado por engañar á su prójimo.»

Aun cuando era hermosa, ella repetía lentamente aquellas palabras de la parábola de la *mujer fuerte*.

«Engañosa es la gracia, y vana la hermosura: la mu-



LUIS NAPOLEON, EMPERADOR DE LOS FRANCESES.



FERNANDO II, REY DE NÁPOLES.

jer que teme al Señor, esa será la alabada.»

Sus paseos solitarios á orillas del mar, ó por la alegre carretera, eran paseos de niña; corría, jugaba y descansaba bajo la sombra de los castaños que le recorda-

ban los hermosos parques de su país, tan cubiertos de sombra, de hojas y de poesía; jamás le abandonaban sus libros, así era que despues de la meditacion perezosa que hay que azuzar para que levante su vuelo en nues-

tra alma, se entregaba como un dulce descanso á la lectura de sus autores favoritos, que hacian salir lágrimas de compasion á sus ojos.

¡Cuántas emociones dulcísimas y delicadas no nacie-

ron allí y dieron su perfume en aquellos breves instantes! Efímeras pero queridas plantas que se desfloran, olas que se deshacen, rayo brillante que envuelve la sombra, eran así los deseos que se levantaban en su pecho, como las pequeñas olas que la brisa de la tarde movía sobre la tranquila superficie de la bahía.

Jamás poeta alguno escuchó con mas recogimiento esos ruidos de la tarde; que parecen traer en sus olas armonías desconocidas; jamás soñador alguno vió mas mundos brillantes, mas ángeles buenos, mas almas puras en el loco tropel de nubes que se agrupaban al oca-so: poema á que solo le falta la palabra y el ritmo, y del cual cuando el mortal acierta á darle vida, brota á raudales la poesía misteriosa, la poesía de los sueños, de los presentimientos y de las hermosas esperanzas.

Sin embargo de que todos la espieron, para arrancar al silencio la causa de su voluntario retiro, ellos no supieron jamás lo que podemos decirte, lector, pues en nuestra cualidad de narradores, nada nos está oculto, todo descubre ante nuestros ojos el velo del misterio que le envuelve, y gracias á esto, puedes saber ahora lo que tardó mucho tiempo en saber la ávida curiosidad de una pequeña ciudad de provincia.

El gabinete de Olivia, tenía sus ventanas al patio. Este era ancho, y la luz lo llenaba tan graciosamente, que parecía que el abigarrado granito de las paredes se regocijaba con aquellos rayos.

En el piso bajo el sol se quebraba en los cristales de una galería, que corría de un extremo al otro del patio, y cualquiera que desde la ventana de Olivia dejase caer una distraída mirada, vería enfrente una mesa de escritorio, encima varios libros de cuentas, y sentado en un cómodo sillón un jóven que levanta á cada paso la vista de los libros en que trabaja, y la fija en la ventana, desde donde mirais, y os sucedería también, que si desde el patio véis la abierta ventana de Olivia, y á esta co-siendo al pié y mirando de cuando en cuando hacía la parte de la galería, desde la cual se divisaba su ventana, sorprenderíais su secreto.

Algunas veces, muchas, las dos miradas se encontraban, se daban en el canino un beso casto, y volaban despues cada una al sitio á donde las enviaban.

Cuando esto sucedía, dos rostros jóvenes y hermosos se sonreían, ella bajaba su cabeza y parecía esconderla entre la ropa blanca que cosía, él entonces la miraba con mas ternura y suspiraba, volviendo á su no interrumpido trabajo con mas fuerza y alinco doble.

El que dijera al verlos que se amaban, nada hubiera aventurado, ellos parecían decirse mutuamente:

¡Oh! j'en veux faire le nid
où ton cœur se pose!

¡Y ellos se amaban!

Cuando el jóven cajero dejaba ya el trabajo de aquel día, ¡con qué placer llamaba á la puerta de su amada, con qué dulzura, con qué cariño era recibido! El era en aquella casa un amigo, y como, así os lo he dicho ya, las costumbres inglesas se conservaban allí en toda su pureza, un amigo gozaba de toda la inmunidad de que gozan en Inglaterra; un amigo era un hermano, un hijo de quien nadie se retraía, á quien se confiaba todo, haciendo él á su vez lo mismo con los que eran casi de su su misma familia.

¿Quién es capaz de pintar los sueños de ventura, las doradas esperanzas que sonrieron á aquellos dos corazones?

Dentro poco serian felices, así lo decían ellos, los padres de Olivia conocían estos amores, los amparaban, y siempre que se hablaba del jóven cajero, el inglés no sabía cómo alabar la asiduidad en el trabajo, la fidelidad y el talento mercantil de su dependiente.

—Es un hombre de los que se hacen los Roschild y los Aguado: dadle una atmósfera á propósito proporcionada á sus fuerzas, y él volará. El águila jamás visita las tierras bajas, ella se cierne eternamente sobre todas las cumbres, mejor sobre los Alpes que sobre los Pirineos.

¡Dentro de poco!... estas palabras eran amargas para ellos, aun cuando les alentaban, ¿por qué no hoy? decían.

¡Dentro de poco!... esperar un día y otro día, y creer que mas tarde la mano inexorable de la fatalidad los separará para siempre! Hay veces en que decir, ¡mañana! equivale á decir ¡nunca!...

Sin embargo, sus amores se deslizaban tranquilamente, nube que ningún viento impele, y que parece elevada en el horizonte; cristalino raudal cuyas olas pasan dormidas bajo el arco de hojas que los árboles y los arbustos de las orillas estienden sobre ellas.

Qué horas de dulce quietud, de sueños amorosos pasaron en aquella estancia solitaria, cuyo silencio no interrumpía mas que la voz atiplada de la cotorra que se balanceaba en su gran jaula, gritando á cada momento las siguientes palabras que le había enseñado á pronunciar en inglés el amante de Olivia:

—¡My love a kiss! ¡un beso amor mio!

Ella, al oír la voz del ave, bajaba sus ojos pudorosamente, su frente pálida se cubría del vivo carmin que coloreaba sus mejillas, y alargando la mano parecía verirla de un modo cariñoso: su amante se sonreía al ver aquella dulce turbación, y estrechando entre las suyas la mano de Olivia, la besaba...

Hé aquí la felicidad de aquellas dos almas mas puras que la oración de un niño. Jamás sus caricias pasaron mas allá; jamás él se atrevió á dejar en la frente el beso que estampaba en las manos de Olivia, bien es verdad que la cotorra decía tantas veces, *My love a kiss*, que el jóven cajero tenía bastante por qué estarla agradecido.

Así era, que nunca animal alguno fue mas querido, mas mimado, mas acariciado; ambos se esforzaban en recompensar el testigo de sus pequeñas dichas.

Y de este modo pasaron los días, y fueron llegando los que tanto se ansiaban; cada vez se acercaban mas, cada vez crecía el rumor de sus pasos. Los ángeles buenos descendían á aquella pura morada y la cubrían con alas protectoras, las horas propicias, traían entre sus pliegues todas las felicidades que los dos amantes deseaban.

Cada nueva aurora era un amigo á quien se iba queriendo cada vez mas; y la noche era saludada por ellos con dulces palabras, porque les decía en un mudo lenguaje: ¡un día menos!...

¡Un día menos!... golpe de remo que los llevaba á la orilla apetecida, ¡mas ay! ¡con cuánto dolor se echan siempre de menos despues que huyen para siempre esos días de ventura, bastante bellos despues de pasados, impotentes antes para darnos algo mas que una quietud apacible que echamos de menos despues! ¡Cuántas lágrimas nos esperan muchas veces en el mismo sitio en que creemos hallar abiertos para estrecharnos los brazos siempre cariñosos del amor ó de la felicidad que eternamente buscamos en torno nuestro!

Por fin el día *sagrado*, como ellos le llamaban, llegó, y aquella aurora que amanecía haciendo brillar las olas de la bahía en donde se mecían silenciosos los buques que la llenaban, no pudo ser mas bella, mas coqueta. Sonreía al Océano, de cuyo seno parecía salir.

VI.

Apenas la ciudad despertaba de su sueño, el débil ruido de las primeras horas de la mañana venía envuelto en el rumor eterno incesante de las olas que rompen contra los malecones del puerto.

Se oía los gritos de los marineros que se despertaban en las lanchas, y los de los grandes buques que se asomaban á los costados, cantando alguna alegre canción dulce recuerde de su país natal, aquel país en que todo se tiene, amor, padres, y hasta el sepulcro que el marino ve siempre en sus buenos sueños.

Una choza á orillas del mar á cuyo abrigo poder estar al sol que no calienta ya los miembros ateridos por la vejez, un pedazo de tierra que cubra las débiles plantas de los campos, hé aquí lo que desea el marinero, cuando desde el buque que se mueve entre el vaiven de la marea, ven en la playa árboles, chozas, ancianos al sol, niños de tez tostada que juegan en el arenal, y que traen á su memoria el recuerdo del país en que tiene todas sus afecciones, recuerdo que hace rodar una lágrima silenciosa por aquellos rostros atezados y curtidos por todos los vientos y por todas las tormentas.

Pues bien, la aurora apenas iluminaba las aguas con su luz brillante y clara, y las brisas frescas del mar hinchaban las velas de los buques prontos á partir.

Una hermosa lancha se balanceaba graciosamente al pié del muelle, y sus velas de cuatro puntas, velas que solo usan en uno de los puertecillos cercanos que parecen tener en esto privilegio esclusivo, asomaban por encima de las murallas.

(Se concluirá en el próximo número.)

MANUEL MURGUÍA.

ESTADISTICA GENERAL Y MILITAR DE LAS CINCO GRANDES POTENCIAS EUROPEAS.

ESTADOS.	SUPERFICIE.	POBLACION.	RENTA.	EJÉRCITO.	MARINA.
Rusia.	5.422,285 kil. cuad.	60.000,000 hab.	1,200.000,000 fr.	600,000 h.	200 buq. de guer. 9,000 cañ.
Austria.	678,796 —	39.411,309 —	600.000,000	500,000	135 — 852 —
Francia.	527,686 —	36.039,364 —	1,800.000,000	410,000	461 — 12,520 —
Inglaterra.	310,143 —	28.000,000 —	1,650.000,000	150,000	538 — 15,791 —
Prusia.	285,700 —	18.000,000 —	420.000,000	180,000	50 — 210 —

ESTADISTICA GENERAL Y MILITAR DE LA CONFEDERACION GERMANICA.

NOMBRES DE LOS ESTADOS.	SUPERFICIE.	POBLACION.	CONTINGENTE MILITAR.	CUERPOS DE EJÉRCITO Á QUE PERTENECEN.
1. I. de Austria.	198,375 kil. cuad.	12.919,300 hab.	142,223 h.	I ^{er} . II III cuerpo.
2. R. de Prusia.	189,784 —	12.937,228 —	119,978	IV.º V, VI.
3. R. de Baviera.	75,857 —	4.359,452 —	53,400	VII.
4. R. de Sajonia.	14,887 —	1.987,832 —	18,000	IX.º 1.ª division.
5. R. de Hanover.	38,151 —	1.819,253 —	19,581	X.º 1.ª division.
6. R. de Wurtemberg.	19,616 —	1.733,269 —	20,933	VIII.º 1.ª division.
7. G.-D. de Baden.	15,363 —	1.356,943 —	15,060	VIII.º 2.ª division.
8. G.-D. Hesse-Cassel y Electoral.	11,488 —	755,350 —	8,519	IX.º 2.ª division.
9. G.-D. de Hesse-Darmstadt.	8,780 —	854,314 —	9,293	VIII.º 3.ª division.
10. D. de Holstein y Lauenburgo.	10,472 —	550,000 —	5,400	X.º 2.ª division.
11. D. de Luxemburgo y Limburgo.	1,928 —	394,262 —	3,804	IX.º 2.ª division.
12. D. de Brunswick.	3,861 —	267,177 —	3,144	X.º 1.ª division.
13. G.-D. de Mecklenburgo-Schwérin.	12,284 —	542,763 —	5,370	X.º 2.ª division.
14. D. de Nassau.	4,959 —	429,060 —	4,542	IX.º 2.ª division.
15. D. de Sajonia-Weimar.	3,669 —	262,524 —	3,015	Division de reserva.
16. D. de Sajonia-Meiningen.	2,370 —	166,364 —	1,726	
17. D. de Sajonia-Altenburgo.	1,361 —	132,849 —	1,473	X.º 2.ª division.
18. D. de Sajonia-Coburgo-Gotha.	2,058 —	150,451 —	1,674	
19. D. de Mecklenburgo-Strelitz.	2,778 —	99,750 —	1,077	X.º 2.ª division.
20. D. d'Oldenburgo y Kniphausen.	6,496 —	285,226 —	3,311	X.º 2.ª division.
21. P. d'Anhalt-Dessau-Cæthen.	1,718 —	111,759 —	1,280	Division de reserva.
22. P. d'Anhalt-Bernburgo.	868 —	52,741 —	555	
23. P. de Schwarzburg-Sondershausen.	926 —	74,956 —	676	Division de reserva.
24. P. de Schwarzburg-Rudolstadt.	1,049 —	69,038 —	809	
25. P. de Lichtenstein.	137 —	7,000 —	82	Division de reserva.
26. P. de Waldeck.	1,190 —	59,697 —	779	
27. P. de Reuss, rama primogénita.	374 —	34,896 —	1,417	Division de reserva.
28. P. de Reuss, rama segunda.	535 —	79,824 —		
29. P. de Schauenburgo-Lippe.	538 —	29,000 —	315	Division de reserva.
30. P. de Lippe-Detmold.	1,207 —	106,615 —	1,082	
31. P. de Hesse-Homburgo.	429 —	24,921 —	300	X.º 2.ª division.
32. Ciudad libre de Lubeck.	374 —	48,425 —	611	
33. Ciudad libre de Francfort sobre el Mein.	99 —	73,150 —	719	Division de reserva.
34. Ciudad libre de Brémen.	274 —	88,000 —	728	X.º 2.ª division.
35. Ciudad libre de Hamburgo.	391 —	211,250 —	1,947	X.º 2.ª division.
	640,416 kil. cuad.	43.286,416 hab.	452,475 h.	

A mas de los contingentes federales debidos á la Confederacion Germánica, los principales Estados secundarios de Alemania tienen su ejército propio.

LA RAMILLETERA.

CANCION.

(Del libro inédito CUENTOS DE LA VILLA).

Del Buen-Retiro, de la Montaña,
tengo yo flores para vender;
venga quien quiera,
nadie se engaña,
ramilletera
soy de Aranjuez.

Vendo claveles, lilas moradas,
lirios azules, blanco jazmin;
los rondadores
y las rondadas,
cómprame flores
para mentir.

Para las damas la francesilla,
para galanes el tulipan;
para la ausencia
la vellosilla,
y á la inocencia
la flor de azar.

No hay dama alguna que en sus balcones
no tenga un ramo, prenda de amor;
por si al arrullo
de sus canciones,
pide un capullo
su rondador.

No dan esencias los pebeteros
cual las que emanan de mi jardin;
cifras de amores
doy caballeros,
redes de flores
tiendo á Madrid.

J. A. VIEDMA.

CARRERAS DE CABALLOS.

En los días 8 y 17 se verificaron en el Hipódromo de la real Casa de Campo las carreras de caballos para disputar los premios que por la Sociedad para el fomento de la cría caballar en España, se ofrecen en la primavera. La concurrencia fue numerosa y escogida con mas particularidad el primer día; los trenes tan elegantes como lujosos, sin notarse que la corte se encuentra en Aranjuez á no ser por la ausencia de SS. MM. y AA.; el público va tomando cada vez mas afición á este espectáculo, aunque no con el frenesí que en Inglaterra.

Se ofrecían para el día 8 cuatro premios: el primero de la inspeccion general de Carabineros, consistente en 1,000 rs. para el caballo ó yegua que corriera en menos de tres minutos 2,000 varas, venciendo de tres dos veces y llevando el peso marcado en el reglamento. Todo caballo ó yegua que hubiese corrido otras veces sin obtener premio, podía disputarle con diez libras menos.

Se presentaron: la yegua *Formelia* de pura sangre inglesa, cinco años, siete cuartas y siete dedos, propia del Sr. Duque de Frias. Peso noventa y siete libras. Tardó en la primera prueba dos minutos, diez segundos y un octavo. La *Conclusion*, tambien de pura sangre, de tres años y de igual acuerdo que su competidora, con el mismo peso y perteneciente al Sr. D. Manuel María Ulierte, que quedó distanciada y no pudo presentarse en la segunda prueba. La *Liana*, del Sr. Duque de Osuna, cuatro años, siete cuartas y diez dedos, con noventa y nueve y media libras de peso. Tardó en la carrera dos minutos y diez segundos. Y la *Water-Wich*, del Sr. D. Antonio Sanz y Barea, de la misma edad que la anterior siete cuartas y siete dedos, y llevando igual peso. Tardó tres minutos y trece segundos.

En la segunda prueba invirtió la *Formelia* dos minutos y diez y seis segundos; la *Liana* un cuarto de segundo mas; y *Water-Wich* cinco segundos y un cuarto. En la tercer prueba, entre las dos primeras, tardó *Formelia* dos minutos, catorce segundos; y *Liana* un cuarto de segundo mas. Por lo tanto ganó el premio la *Formelia* por haber vencido en la segunda y tercera pruebas.

Para el segundo premio de la Sociedad, consistente en 2,000 rs., debiendo correr 1,500 varas en dos minutos una sola vez, se presentaron la *Florinda*, del mencionado Sr. de Ulierte, y la *Medea* del Duque de Osuna,

ambas de cuatro años, siete cuartas, siete y nueve dedos, con ciento nueve y media libras de peso cada una. Tardaron: la primera, un minuto y cuarenta y tres segundos, y la segunda medio segundo mas. Llevó el premio *Florinda*, de pura sangre inglesa como su competidora.

Para el tercer premio de 6,000 rs., ofrecido por la Sociedad al que diera dos vueltas de hipódromo ó corriera 3,000 varas en cuatro minutos, venciendo dos veces de las tres en que podían disputar la preferencia, se presentaron *Moldova*, del Sr. Duque de Frias; *Danzesa*, del Sr. D. José de Salamanca; *Catinka*, del duque de Osuna; *Elena*, del duque de Sesto, todas de cinco años, siete cuartas, siete y nueve dedos, y que como la citada *Florinda*, eran de pura sangre inglesa. Tardaron por el orden con que se las cita, tres minutos, quince segundos y medio; tres con diez y ocho; tres y doce; tres, doce y un octavo; y tres diez y ocho. En la segunda prueba invirtieron tres con diez y seis; tres ventitres con un octavo; tres trece; tres trece y medio, y tres ventitres. Ganó *Catinka*.

Para el último premio de 8,000 rs., ofrecido por el ministerio de la Guerra, se presentaron á disputarle las yeguas *California* y *Comparacion* de media sangre inglesa, propias de los señores duque de Sesto y marqués de Alcañices, de cinco años, siete cuartas y cinco dedos; el caballo de igual cruce *Keedger*, de siete años, siete cuartas y nueve dedos; y el caballo *Niño*, de pura raza española, de seis años, siete cuartas y siete dedos, perteneciente á D. Juan José H. Caldera. Debían correr 3,000 varas ó sea dar dos vueltas de hipódromo en tres minutos y cincuenta y tres segundos, venciendo de tres dos veces. La *California* se volvió á poco de emprender la carrera, y el caballo *Niño* quedó muy distanciado. *Comparacion* tardó tres minutos, treinta segundos y medio; y el *Keedger* tres con veinticuatro. Estos dos repitieron la segunda prueba, pero habiendo tardado mas del tiempo, se dió por nula. Debían dar la tercera, mas habiendo desistido sus dueños, renunciaron al premio y este quedó sin adjudicarse.

Las carreras del día 17 debieron tener lugar el 12, segun estaba anunciado, pero se suspendieron á causa de la lluvia copiosa del 11 que continuó, aunque con intermitencia, al siguiente. Hubo menos concurrencia que en las del día 8. Se ofrecían tres premios, además de una apuesta particular.

El primer premio era de la Sociedad, y consistía en 3,000 rs., debiendo andar 1,500 varas en dos minutos, venciendo dos veces, de las tres en que podían disputar la preferencia. Se presentaron *Formelia*, *Medea*, *Water-Witch*, *California* y *Comparacion*, que corrieron el día 8, y tardaron por su orden en la primera prueba, un minuto treinta y tres segundos; uno con treinta y tres y un octavo, uno y treinta y cinco, quedando distanciada *California* y habiendo invertido uno y treinta y seis la última. En la segunda prueba, de la que quedó escluida aquella, tardaron un minuto treinta y cuatro segundos; uno con treinta y tres y medio; uno con treinta y cuatro, y uno con treinta y nueve. Habiendo vencido *Medea*, hubo que hacer tercer prueba entre esta y *Formelia*, que ganó la primera, invirtiendo un minuto treinta y tres segundos y medio, y *Formelia* uno con treinta y cuatro y medio. El premio, por lo tanto, fue de *Medea*, de la propiedad del señor duque de Osuna.

Se ha notado en esta yegua una cosa rara, y es, haber invertido el mismo tiempo en cada una de las tres vueltas, un minuto treinta y tres segundos y medio. El mayor número observaron que puede correr mucho mas, pues el jinete la fue refrenando casi en todas las vueltas.

El segundo premio de 4,000 rs., le ofrecía el ministerio de Fomento para los caballos ó yeguas que anduvieran 3,000 varas ó dieran dos vueltas de hipódromo en tres minutos y cuarenta y tres segundos, venciendo de tres dos veces. Optaron á él *Florinda* y *Elena*, que corrieron el día 8; *Espira*, pura sangre inglesa, cinco años, siete cuartas y cuatro dedos, que debía llevar ciento diez y siete libras de peso, y pertenecía á don José de Salamanca; y *Renacuata*, de igual raza y edad, debiendo llevar el mismo peso, y propia de don Antonio Sanz y Barea. Tardaron, por su orden, en la primera prueba, tres minutos diez y nueve segundos; tres con quince; tres con diez y medio, y tres con diez y seis. En la segunda invirtieron tres minutos diez y siete segundos; tres con diez y seis; tres con veinte y dos, y tres con diez y seis y medio. Quedó vencedora *Elena*, propia del señor duque de Sesto.

El tercer premio, de 12,000 rs., le ofrecía S. M. la reina para los caballos y yeguas que dieran tres vueltas de hipódromo ó anduvieran 4,500 varas en cinco minutos cuarenta y cinco segundos, venciendo dos veces de las tres en que podían disputar la preferencia. Se presentaron *Stamboul*, de don Manuel María Ulierte, y *Liana*, del marqués de Alcañices, que en la primera prueba quedaron distanciados, y la *Danzesa*, de don José de Salamanca, que lo quedó en la segunda, habiendo tardado en la primera cinco minutos siete segundos y medio. El caballo *Niño*, de pura raza española, debía correr para este premio, pero habia caído enfermo desde las carreras del día 8.

Los competidores fueron en realidad *Moldova*, del

duque de Frias, y *Catinka*, del duque de Osuna. Tardó la primera CINCO MINUTOS Y MEDIO SEGUNDO, y la segunda cinco con dos. En la segunda prueba invirtieron, por su orden, cinco con dos y cinco con nueve y medio. Esta carrera ha sido la que se ha hecho en menos tiempo desde que se ha formado la Sociedad para el fomento de la cría caballar en España, pues el *Caton*, de don José de Salamanca, que ha sido el que menos habia tardado hasta ahora, invirtió cinco minutos y cinco segundos. La *Moldova* ha dado á conocer que corre tanto como los caballos ingleses de mas nombradía, y que *Catinka* se le parece mucho.

Hubo, por último, una apuesta particular para carrera de salto, dando una vuelta de hipódromo, con tres barreras, sin tiempo fijo. Ganó *Rob*, de don Gonzalo Saavedra, á *Stepwell*, del duque de Frias, ambos de raza inglesa. Uno y otro saltaron las barreras, de mas de cinco cuartas de altura; con la mayor energía y limpieza.

Las carreras de caballos verificadas en la presente primavera, han comprobado, como todas, que se requiere indispensablemente cierta conformacion, en relacion con las leyes de la mecánica, para la ligereza y libertad en los movimientos. Altura en el tercio posterior del cuerpo comparado con el anterior; oblicuidad y longitud en los primeros radios articulares; pecho mas bien largo ó profundo que ancho, ó sea mucha distancia de la cruz á la cinchera; grupa horizontal en vez de redondeada, y riñones cortos y anchos, unido todo á una sangre noble. Los resultados del caballo *Niño*, de pura raza española, que con tanto crédito ha corrido y corre entre los de su casta, y teniendo presente que solo ha tenido por competidores productos de media sangre anglo-hispana, que le dejaron muy distanciado, han demostrado una vez mas que las formas del caballo español no son las mas adecuadas para la celeridad, y que conviene sobre manera su cruce con el inglés de pura sangre, si se le han de comunicar tan preciosas como ansiadas cualidades, que reclaman los progresos crecientes de la civilizacion y las exigencias de los consumidores.

Dignos del mayor elogio son los esfuerzos y sacrificios de la Sociedad que lleva por mira el fomento de la cría caballar en España, y lo demuestran los poquísimos, raros y hasta malos caballos que se poseían de pura raza inglesa y los bastantes y buenos que en el día se tienen, debido todo á las carreras de caballos. Muchos las critican y censuran, lo mismo que á los productos ingleses, pero tienen que inclinar la cabeza cuando se trata de celeridad. Las carreras, por lo visto, no se reducen á una diversion, como algunos dicen, pues que su resultado ha sido aumentarse progresivamente y con mejora la raza inglesa en nuestro suelo. Este resultado seria mas trascendental si se alentara á los criadores con premios de mas cuantía por parte del gobierno, como sucede en otras naciones, porque sin alicientes ó esperanzas de remuneracion, es difícil hacer sacrificios de ningun genero, porque no todos pueden ser duques de Osuna, de Frias, de Alba, etc., etc., que nada les importa gastar para ver si llega un día en que se alaben y admiren los productos que tienen en su caballeriza.

NICOLÁS CASAS.

REVISTA DE LA QUINCENA.

El monarca francés, á quien dejamos en Turin en la revista pasada, se trasladó despues á Génova y de allí á Alejandria, donde está la corte piemontesa: las tropas aliadas se estienden hasta Voghera, donde está el cuartel general. Asi hasta ahora su base de operaciones es la fortaleza de Alejandria. La ciudad de Alejandria, cuya vista damos en este número, tendrá hoy de 40 á 50,000 habitantes: es la plaza mas fuerte del Piamonte, y ha figurado siempre en las guerras que han tenido por teatro la alta Italia. Edificada en 1178 por los cremoneses y milaneses con el nombre de Cesárea, tomó despues el de Alejandria en tiempo del papa Alejandro III. Perfectamente situada, con Génova á la izquierda, á la derecha el Pó y Pavía, ha sido en épocas de paz el centro de un gran comercio entre la Lombardia y el Piamonte. Suponen los partes telegráficos, no siempre verídicos, que el emperador de Austria llegó á Pavía el 19 de mayo acompañado del baron Hess, distinguido y antiguo militar de la escuela de Radetzky y que va á tomar el mando en jefe en reemplazo del conde Gyulay. Mas hasta ahora no se ha confirmado la noticia ni del viaje del emperador ni del reemplazo del general austriaco.

El conde Gyulay, cuyo retrato damos tambien en este número, quedará de todos modos hasta nueva orden en el teatro de la guerra. Es un anciano de ochenta años, natural de Hungría; fue embajador en Rusia en 1848 y ministro de la guerra en 1849, de cuyo empleo salió para el mando de Italia: gobernador general de Lombardia bajo el mando del archiduque Maximiliano, él fue quien intimó á los piemonteses el desarme, y saliendo despues de Milan se puso al frente de las tropas austriacas que penetraron en territorio piemontés. La primera division penetró por el puente de Bufallora, construido sobre el Tesino cerca de Novara, y fué á buscar los campos donde en 1849 Radetzky habia derrotado á Carlos Alberto. Desde allí, estendiéndose por la



TIPOS ESPAÑOLES.—ARAGONÉS.

derecha hasta el Lago Mayor y por la izquierda siguiendo la línea del Tesino hasta su confluencia con el Pó, fueron los austriacos ocupando el territorio, y amenazando al mismo tiempo a Turin, Alejandría y Casale, otra fortaleza piemontesa. Parecía que su objeto era ocupar la capital de la Cerdeña y cortar las comunicaciones del ejército francés entre Génova y Alejandría; pero fuese que el general Gyulay tuviera instrucciones distintas, fuese que no lograra imprimir á su ejército la rapidez de movimientos necesaria para efectuar esta operación, es lo cierto que los austriacos dejaron á los franceses pasar á Turin y trasladarse pacíficamente de Génova á Alejandría. Poco distante de esta plaza está Voghera, población de escasa importancia, y mas allá la aldea de Casteggio, cuyas alturas dominan el camino de Placencia.

Con el objeto de ocuparlas sólidamente el día 20 se destacaron quince mil austriacos que llegaron hasta Montebello, de donde desalojaron á la caballería sarda, la cual se replegó á Voghera. El general francés Baraguay d'Hilliers envió contra la división austriaca otra división cuyo número de combatientes no debió ser menor, y cerca de Montebello se empeñó un combate sangriento entre ambos cuerpos. Los franceses y piemonteses rechazaron á los austriacos de los puntos avanzados que habían ocupado; pero el objeto de la operación fue conseguido, quedando dueños los austriacos de las alturas de Casteggio. Para desalojarlos de estas alturas se empeñará tal vez la próxima batalla general.

En esta acción, aunque reñida solamente entre dos divisiones de vanguardia, ha habido una mortandad terrible, comparada con el número de combatientes. Los franceses confiesan una pérdida de seiscientos á setecientos hombres entre muertos y heridos: la de los austriacos, que después de haber avanzado pelearon en retirada, no debió ser menor: sus enemigos la hacen subir á mil doscientos. Empiezan, pues, á sentirse los efectos de las carabinas rayadas y demás invenciones modernas.

El emperador francés aguarda, para empeñar una batalla general, que lleguen trenes de hospitales y otros pertrechos que faltan á su ejército: entre tanto ha enviado á Liorna en Toscana un cuerpo de cuarenta mil hombres que, según el último parte telegráfico recibido, están destinados á contener á los austriacos que ocupan

los ducados de Modena y Parma, y tal vez á invadir estos ducados.

Por su parte los austriacos esquivan también la gran batalla, contentándose con hacer de cuando en cuando grandes reconocimientos y retirándose siempre á sus posiciones. Entre tanto el gobierno del emperador Francisco José trabaja por escitar en Alemania los recuerdos de 1813 y la animadversión hacia el segundo imperio francés. Sus esfuerzos hasta ahora no han dejado de tener resultado: el entusiasmo alemán, fuerte en los territorios de Sajonia, Baviera y Wurtemberg, tal vez hará salir de su neutralidad á la Prusia; y en este caso ya la guerra no se limitará á Lombardia. Sin embargo, tanto un emperador como otro tienen interés en circunscribirla lo mas posible.

La fuerza de ambas partes beligerantes está por ahora equilibrada. Los franceses con su numeroso ejército tienen por aliada la Italia: los austriacos, con otro ejército no menos formidable cuentan con el auxilio de la Alemania. En Alemania los discursos pronunciados en las cámaras de Berlin y Dresde no dejan duda del sentimiento anti-francés que predomina. En Italia un acontecimiento reciente ha hecho perder al Austria una aliada fiel ó por lo menos que hubiera mantenido una benévola neutralidad: hablamos de la muerte de Fernando II, rey de Nápoles. Fernando II pasó á mejor vida á los cuarenta y nueve años de edad y veinte y nueve de reinado: relacionado íntimamente con la corte de Austria, había firmado con ella tratados particulares para mantener en sus Estados el poder absoluto. Varias veces durante su reinado se sublevó la Sicilia y no pocas la Calabria, y siempre logró reprimir las sublevaciones castigándolas con extraordinario rigor. En 1848, á consecuencia de la caída de Luis Felipe en Francia y de la proclamación de la república, Fernando de Nápoles juró la Constitución; pero un año después se hizo absolver de su juramento y abolió las formas representativas. Hace un año la Francia y la Inglaterra reclamaron contra el sistema de rigor usado por la corte napolitana y no obteniendo satisfacción retiraron sus embajadores. El rey Fernando, continuó sin embargo la política que ha seguido hasta su muerte. En este número hallarán también nuestros lectores su retrato.

Le ha sucedido su hijo el duque de Calabria Francisco II, con el cual la Francia y la Inglaterra restablecerán sus relaciones: y hasta ahora no se dice que haya variado en nada el sistema paterno.

En el resto de Italia la situación es la misma que dejamos consignada en la revista última. Algunos viajes del conde de Grammont, general de las tropas francesas que ocupan á Roma, viajes que han tenido por objeto conferenciar con Luis Napoleón en Alejandría, indican que se prepara alguna cosa en Roma. También dicen de Turin que la Lombardia se sublevará luego que los aliados, dada la primera batalla y ganada, pasen el Tesino. Esto nos recuerda el dicho de las tropas de don Carlos en la última guerra cuando la expedición de 1837: ¡Ojalá ataquen y ganemos! decían ciertos batallones carlistas la víspera del combate dado á orillas del Cinca. Por lo demás, el movimiento general de retirada de los austriacos indica que no quieren pelear á orillas del Pó, y que solo aceptarán la batalla cuando haya menos distancia entre su base y línea de operaciones.

En España en estos días no ha ocurrido hecho notable que de contar sea. El Sr. Mesonero Romanos ha publicado el tomo segundo de *Dramáticos posteriores á Lope de Vega*, precedido, como el anterior, de breves apuntes biográficos y críticos acerca de los autores cuyas obras comprende. En el inmenso farrago de escritores dramáticos que cuenta esa época de la decadencia de nuestra escena, el Sr. Mesonero Romanos ha sabido elegir producciones muy dignas de estudio y de alabanza, de Diamante, Monroy, Céspedes, Zamora y Cañizares. A estos apuntes ha añadido el Sr. Mesonero un importante catálogo del teatro antiguo desde Lope á Cañizares, es decir, desde el año de 1580 hasta el de 1740.

El popular escritor D. Antonio de Trueba ha publicado un volumen de sus *Cuentos de color de rosa*, lindas y delicadas composiciones llenas de frescura y lozanía. El Sr. D. Patricio de la Escosura ha dado á luz el cuaderno cuarto de su *Historia constitucional de Inglaterra*, obra de grande alcance y digna de la reputación literaria del autor. Este cuaderno contiene el texto traducido de la *Magna Charta* y lleva la historia hasta el reinado de Juan Sintierra. Por último, el aplaudido escritor de costumbres D. Antonio Flores ha escrito una *Historia del matrimonio* que no dudamos será muy leída.

Se ha estrenado en la Zarzuela una producción del aplaudido y chistoso autor dramático D. Narciso Serra, titulada *El último mono*, de la cual hablaremos en el número inmediato. Creemos que el Sr. Serra no se ahogará en la Zarzuela ni en ningún teatro.

En el Circo, á beneficio de la Pepita Hijosa, se han estrenado dos piezas nuevas. *El camino del matrimonio* que es una de ellas, aunque camino tan trillado, no parece agradable al público. El autor no le adornó con todos aquellos atractivos, aquellas vistas, aquellas sombras, aquel follaje que hacen á un camino deleitoso. *La doctora en travesuras*, por el contrario, gustó mucho por el ingenio agudo que en ella mostró su autor el señor García Santisteban.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,
NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Después de vendimias cuévanos.



Los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL que lo son también á la *Biblia* y tienen recibido los tomos 1.º, 2.º y 3.º recibirán el 4.º el 15 de junio, remitiéndose á provincias en el mismo día.

A los que optaron por las obras de Chateaubriand y han recibido el 1.º, 2.º y 3.º se les mandará el 4.º y último en la citada época.

Los que toman el *Año Cristiano*, los cuales tienen asimismo hasta el tomo 3.º, han de recibir el 4.º en el citado 15 de junio: todo según las bases establecidas en nuestros prospectos.

Los que se suscribieron á la *Historia de España* han recibido ya el último tomo.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

MADRID.		PROVINCIAS.	
Por números sueltos á	2 rs.	Tres meses.	14
Tres meses.	11	Seis id.	25
Seis id.	21	Un año.	48
Un año.	40	Cuba, Puerto-Rico, y extranjero un año.	70

En los demás puntos de AMERICA y ASIA á 5 pesos al año.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG.
EDITORES, MADRID: PRINCIPE, 4, 1859.